

No quisiera tener que repetir (no en el sentido material de la palabra, sino en el espiritual; es decir, como necesidad de insistir en una cosa que no haya sido bien comprendida) aquello que dije en la conferencia anterior, y que he vuelto a decir hoy con relación a la Universidad de la Plata. El escoger la Universidad de la Plata como ejemplo, no significaba, de mi parte, un juicio de superioridad absoluta respecto de las demás. La tomé como tipo representativo, y me fijé en ella por una razón perfectamente natural: porque es la institución de enseñanza de la Argentina en que he trabajado más, y aquella de que puedo hablar con más conocimiento de causa. Lo mismo digo de Vaz Ferreira; hablar de él no quiere decir que le considere como el más grande intelecto del Uruguay, porque no querría siquiera establecer el problema del más y el menos. Yo creo que esto del más y el menos es, en muchos casos, como lo grande y lo pequeño: un espejismo de nuestra inteligencia, pues realmente, en el mundo, en el orden intelectual y en casi todas las actividades humanas, no hay *más* ni *menos*; lo que hay son modalidades. Cada uno es *más* en aquello que llega a ser dedicación profunda e intensa en su vida, y lo es de manera diferente a como, en el mismo orden de cosas, lo sería otra persona. Escojo, pues, a Vaz Ferreira, sencillamente, porque entiendo, como os decía en la conferencia

anterior, que su figura intelectual tiene para nosotros muchos motivos de interés.

El primero de ellos consiste en que Vaz Ferreira es muy poco conocido. Creo poder decir, sin que se me tache de exagerado, que quizás no hay cinco o seis españoles que hayan leído alguna obra de Vaz Ferreira, mientras que obras de Rodó y de otros intelectuales uruguayos sí las han leído muchas gentes. Rodó, por ejemplo, de quien hace poco hablaba un periódico madrileño, es un autor muy conocido en España, a lo menos, por una de sus obras: *Ariel*. Tuve yo la suerte de ser el primero que en España diese a conocer este libro; luego, la circulación de él se ha difundido en una edición española, y muchos han gozado del contacto con la alta idealidad de Rodó, cuyo jugo, cuya intensidad de pensamiento, cuya riqueza de concepción, exceden a las mismas cualidades advertidas en autores europeos con quienes se le podría comparar. Pero Vaz Ferreira es, repito, muy poco conocido, y, por tanto, hace más falta que hablemos de él.

Además, Vaz Ferreira tiene un interés singularísimo para nosotros, y es que, aparte de ser un filósofo como Rodó, pero de otra manera completamente distinta, es un pedagogo, y, por tanto, la orientación central de su pensamiento va derechamente hacia lo que yo considero, y muchos conmigo, nuestro problema fundamental: el problema de nues-

tra educación. En tanto que Rodó puede tener un valor de fecundación honda en espíritus ya formados, Vaz Ferreira puede ser — y en este respecto la difusión de sus obras realizaría un servicio nacional grande — un fecundador de las inteligencias que están por hacer, y singularmente de las de aquellos que tienen que dirigir otras inteligencias.

¿Qué es Vaz Ferreira? Vaz Ferreira, en primer lugar, es un profesor de Filosofía de la Universidad de Montevideo. Yo le conocí, no sólo por el cuadro de profesores, sino actuando como tal. He asistido a una de sus clases, y recuerdo el efecto grandísimo que me causó. Entre los varios asuntos que trató, fué uno el comentario a un autor que Vaz Ferreira maneja mucho, y que es leído en el Extranjero bastante más que en España: Balmes. Vaz Ferreira comentaba un párrafo de *El Criterio*, y era de ver, no sólo el hondo respeto con que hablaba del pensador a quien iba a criticar inmediatamente (poniéndose, por tanto, por encima de las gentes que creen que no se puede diferir del pensamiento de una persona sin zaherirla en seguida y echarla bajo la mesa), sino también el riguroso sentido lógico con que iba descubriendo los lados flacos del razonamiento de Balmes; cómo le seguía con fidelidad extraordinaria mientras el pensamiento de Balmes caminaba lógicamente, y cómo en el momento en que se quebraba el razonamiento y

se introducía en el espíritu del autor otro motivo distinto del que había iniciado la idea, lo advertía a los discípulos: "Aquí se desvía; y se desvía por esto, que Balmes calla, pero que se ve a través de sus expresiones." La hermosa lección de lógica y de crítica de pensamiento que hizo Vaz Ferreira, me dió la medida del hombre. "Es — me dije — un filósofo de veras, y también una cosa que él quizás no sabe todavía: es, sobre todo, un maestro."

Además, Vaz Ferreira, como pensador dedicado a las cuestiones filosóficas, es fundamentalmente un lógico y un moralista, a quien le preocupan mucho los problemas de esta índole. Vaz Ferreira ha publicado hasta ahora las siguientes obras: un tomo de *Ideas y observaciones*, que es un conjunto de estudios, unos de carácter pedagógico y otros de carácter filosófico; dos volúmenes sobre *Los problemas de la libertad* (entiéndase de la libertad como algo psicológico, espiritual); un tomo de *Miscelánea filosófica*; otro muy interesante sobre *La exageración y el simplismo en Pedagogía*, que es ya un verdadero tratado de educación; otro sobre *El pragmatismo*, una de las exposiciones más claras y lógicas, más exactas y contundentes que conozco en la crítica del pragmatismo; un tomo (que sería aquel que yo recomendaría más para su divulgación en nuestro país, aparte del de Pedagogía que he citado), relativo a la *Moral*

para intelectuales, y del que he de ocuparme de una manera especial en alguna de las conferencias futuras; y, por último, un tratado de *Lógica* muy breve, de 200 páginas, publicado en el último número de *Los Anales de la Universidad*, de Montevideo, y que supongo se tirará aparte (1).

Este es el bagaje externo de Vaz Ferreira; con ser muy interesante, aún lo es más verle trabajando en la clase, donde puede advertirse la totalidad de su pensamiento y de su aptitud profesional.

A Vaz Ferreira no se le puede clasificar como filósofo de la derecha o de la izquierda. Creo que la característica de su posición filosófica es no pertenecer a ninguna escuela, en el sentido rígido de la palabra, y mantener libre su espíritu. A tal punto, que si fuera posible — dada la tendencia humana, irresistible, a sistematizar —, encajonar su pensamiento, ponerle una etiqueta y colocarle en el estante A o B, lo probable es que Vaz Ferreira se saliese en la primera ocasión en que le fuera posible hablar.

Me fijaré primeramente en algo que para mí es principalísimo: en el aspecto de la obra intelectual de Vaz Ferreira que le caracteriza como *espíritu científico*. Señores, ordinariamente, cuando empleamos el adjetivo "cien-

(1) Se ha publicado ya, efectivamente, con el título de *Lógica viva*.

tíficos", barajamos juntas tres cosas muy distintas: el saber, o sea la cantidad de conocimientos atesorados; el poder de la inteligencia (que solemos designar con el nombre de *ingenio* o de *genio*), y el verdadero espíritu científico, que son tres cosas perfectamente distintas. Un hombre puede saber mucho, y en ese sentido decimos: "es un sabio", aunque verdaderamente, como no ignoran la mayoría de las personas que me escuchan, la palabra "sabio" no significa esto, en rigor; pero, en fin, solemos decir que sabio es un hombre sabedor, que sabe muchas cosas. Pero si de esto dedujéramos otras cualidades, correríamos riesgo de equivocarnos, tanto como si llamáramos artista u hombre de buen gusto a quien tuviese en su casa muchos cuadros o muchas estatuas; porque, verdaderamente, para juzgar del grado de orientación estética de esa persona, lo que haría falta es ver si esos cuadros o esas estatuas valen artísticamente, o son cromos más o menos costosos y estatuas de carácter industrial que no representan ninguna nota de educación artística en quien los compró.

La potencia intelectual grande, que permite apoderarse rápidamente de los problemas y dar soluciones o puntos de vista, a veces originales, respecto de ellos (con lo que se caracteriza la vivacidad del ingenio o del genio de las gentes), es otra cosa muy distinta; porque puede un hombre tener esa

cualidad y ser poco sabio, es decir, saber poco del asunto aquél, porque la potencia natural de su intelecto exceda a la base de cultura representada por el saber ajeno que ha ido acumulando el que es simplemente un "sabio". Por último, puede muy bien un hombre saber muchas cosas y tener un ingenio grande que le permita dar soluciones, al primer momento deslumbradoras y que hasta satisfagan y convenzan a las gentes, o interpretaciones nuevas, originales, de los problemas de la vida, y, sin embargo, no ser un *espíritu científico*. ¿Por qué? Porque el espíritu científico es otra cosa: está en el rigor con el cual se resiste la inteligencia a sentar afirmación ninguna que no esté, a su juicio, perfectamente probada; en la honradez con que se halla dispuesta siempre a rectificar su opinión, y en la sinceridad con que confiesa si lo que dice es para ella cosa comprobada, segura, o meramente hipotética o respecto de la cual tiene duda, para no dar motivo, en ningún caso, ni a la más ligera equivocación respecto de sus aseveraciones. Cuando no se ha llegado a esa situación de espíritu, no se puede decir que se posee verdadero sentido científico. Se podrá tener más o menos facilidad para dar solución verbal a todas las cosas; pero esas soluciones no irán inspiradas por el rigor crítico que atiende antes a la verdad que al lucimiento y la brillantez; serán cosas que se desvanecerán

como las pompas de jabón, expuestas todos los días a caer, por otra interpretación ingeniosa del mismo que las dió vida en una improvisación sin fundamento.

Pues bien; Vaz Ferreira es un verdadero espíritu científico. Y como demostración de ello, voy a leer un párrafo muy breve de un artículo suyo, que, como decía él con muchísima gracia a sus alumnos, si se leyese sin comentarios, parecería la obra de un loco, cuando es la expresión más clara de un verdadero espíritu científico. El párrafo dice así (está todo lleno de puntos suspensivos que yo marcaré):

"... Al llegar a este punto del análisis, ya no puedo pensar con claridad... La simetría me inclinaría aquí a sostener que...; pero... Ahora, sobre la otra cuestión sí me parece evidente... De los dos argumentos que se me han hecho sobre este punto, el primero me parece completamente improcedente. En efecto... Punto es éste sobre el cual no tengo una opinión fija. A veces me parece que..., porque...; otras veces, en cambio, pienso más bien..."

Para entender el párrafo que seguirá, es preciso saber que aquí supone Vaz Ferreira leer fragmentos de un libro escrito dentro de dos o tres siglos, y que el libro hace alusión a fines del siglo XIX o comienzos del siglo XX. Así continúa:

"... En este punto debo confesar que la

manera de discutir de mi crítico me trae el recuerdo de las antiguas épocas, cuando... la vanidad... Es cierto que la Humanidad no había acabado de comprender todavía que desde los tiempos de Aristóteles había estado confundiendo durante más de veinte siglos el lenguaje con el pensamiento. Pero, aún así, parece imposible que a los autores de aquel tiempo no se les ocurriera, por lo menos, comparar sus obras con las anotaciones que les servían para prepararlas; notar cómo en el paso de éstas a aquéllas se habían desvanecido todas las dudas, las obscuridades, las contradicciones y las deficiencias; y como, por consecuencia, un libro de los de entonces, esto es, una sistematización conceptual cerrada, con una tesis inmovible, argumentos ordenados como teoremas, un rigor de consecuencia y una convicción que parodiaban artificialmente el pensamiento ideal de un ser superior que jamás ignorara, dudara o se confundiera o se contradijera, era un producto completamente falso o ficticio... Además, aunque los químicos de aquellas épocas ya sabían utilizar los residuos de preparación de las sustancias, a los escritores no se les ocurría hacer otro tanto; no se les ocurría utilizar los residuos de fabricación de sus libros, ese fermento riquísimo, y desperdiciaban lo más precioso de su pensamiento... Y como lo que expresamos no es más que una mínima parte de lo que pensamos,

que es una mínima parte de lo que psicueamos, resultaba que cada escritor y la Humanidad toda daban una producción inferior a los propios alcances, y muchísimo menos de lo que..."

Aquí terminan los fragmentos. Convenirán ustedes conmigo en que, sin estar en antecedentes, esto parece una extravagancia sin sentido; y, no obstante, todo ello quiere decir en su primera parte lo siguiente: que cuando razonamos sinceramente y con verdadero espíritu científico, debemos huir de la cristalización del pensamiento, y decir con toda llaneza, respecto a cada cosa: "esto lo creo fundadamente por tales y cuales razones; en esta cuestión, quizás la hipótesis tal pudiera ser una explicación satisfactoria; aquí tengo una porción de dudas; en lo otro vacilo extraordinariamente", etc., para reflejar así con absoluta honradez cuál sea el estado real de nuestro espíritu frente a los problemas, y no empeñarnos por vanidad (que siempre se trasluce en el fondo del lenguaje) en dar solución a todos los interrogantes de la ciencia y en cumplir con aquella obligación que creen tener muchos profesionales: la de saber todas las cosas que se refieren a su profesión. A veces, al preguntarme respecto de algún punto de Historia del Derecho, he contestado: "Pues no la sé"; y al decir esto me reía interiormente, porque pensaba: "Si este que pregunta es un espíritu

vulgar, irá diciendo: "¡Vaya un profesor de Historia del Derecho, que no sabe cosas de su asignatura!"; y si es un hombre sensato, discreto, dirá: "Es un hombre honrado que no me quiere engañar, porque fácilmente me podría decir tal o cuál cosa para salir del paso y no me lo ha dicho"; y es, señores, que aún en la especialidad más concreta, si se la abraza en toda su amplitud, hay unas veces puntos respecto de los cuales no se ha podido aún comprobar la verdad; otras, en que no ha llegado la ocasión de estudiar el problema; otras, en que sinceramente se duda y se carece de opinión firme, y por tanto, sería faltar a un principio de moral intelectual decir que se sabe una cosa que no se sabe todavía.

La segunda parte de la cita del párrafo de Vaz Ferreira marca otro aspecto de su espíritu científico, y significa que no basta tener rigor crítico para no dar por comprobado sino aquello que ha obtenido comprobación científica, y en lo demás hablar claramente a los que interrogan nuestro pensamiento, diciéndoles cuál es su posición respecto de los problemas, sino que es necesario también exponer por qué dudas, por qué incertidumbres ha pasado nuestro espíritu hasta llegar a la interpretación que adopta, y que quizás no es la única, y además estar siempre franco y abierto a renovar la investigación y dispuesto a rectificar las propias opiniones,

como el autor del libro supuesto por Vaz Ferreira dice. Pero todavía hay más. Por esa tendencia humana de que hablaba antes, a sistematizar nuestro pensamiento (porque el anhelo de todo hombre es buscar explicación a las cosas, y la explicación significa ya un sistema), por muy advertidos que estemos, por muy en guardia que nuestro espíritu científico se ponga respecto de la conclusión posible en los problemas planteados ante nuestra inteligencia, corremos siempre el peligro de caer en una afirmación rígida, tanto más fácil, cuanto más condensemos y cribemos la riqueza de nuestra vida espiritual para llegar a fórmulas concretas con que, de ordinario, exponemos nuestro pensamiento al público; porque si la palabra escrita tiene un valor grande sobre la palabra hablada, puesto que sujeta y fija y burila y da una nota precisa, exacta, inmovible, al pensamiento, tiene a la vez todos los inconvenientes correlativos a esas cualidades: lo inmoviliza a fuerza de querer expresar con claridad y exactitud, le hace perder aquella preñada vaguedad que conserva antes de ser formulado, hasta llegar muchas veces a términos de afirmación que solo lejanamente se parecen a lo que realmente hay en el fondo de nuestro espíritu. Como con los libros, ocurre con la enseñanza. Para advertir toda la vitalidad de una obra educativa, no bastan los cuadernos de clase y los exámenes, expresión

muy deficiente de lo que aquélla es, sino que conviene ver cómo ha trabajado el maestro durante los días del curso con los alumnos, para originar una porción de resultados relativos a la inteligencia y a la conducta que no se traslucirán jamás en un cuaderno de clase, ni menos en los exámenes.

Con esto veréis que Vaz Ferreira es un espíritu rigurosamente científico, preparado contra todas las sorpresas que puede tener la investigación, contra las cristalizaciones o sistematizaciones de que con tanta gracia crítica en ese capítulo suyo que he citado.

Quería hablar hoy de otros aspectos de Vaz Ferreira, y ya no puede ser. No ya este año, porque llevamos muy avanzado el curso, pero en el próximo, si el señor presidente del Centro de Cultura Hispano-Americana sigue otorgándome su confianza y continúo teniendo un grupo de oyentes como vosotros, interesados en estas cosas, seguiremos hablando de Vaz Ferreira y de otras muchas cosas, porque esto no ha sido más que el comienzo del bucear en uno de los aspectos más interesantes de aquel pensador, respecto del cual añadiré una nota que en su día tendrá la explicación necesaria, a saber: que es uno de los más parejos con el sentido de la alta espiritualidad española moderna, que he encontrado en los hispano-americanos.

Y os hablaré también, después de esto, como os prometí, de cosas y hombres de

Chile, del Perú, de Méjico, de Cuba, es decir, de todo lo que he visto en América, en la mayor cantidad posible.

(Por el agobio de ocupaciones oficiales que durante tres años han ocupado todo el tiempo del autor, estas conferencias se interrumpieron; pero el autor tiene el propósito de continuarlas en el próximo curso.)

